

## “LA CASA DEL BOSQUE”

Hace muchos años, cuando yo tenía unos catorce, fuimos a pasar las vacaciones de verano en el pueblo de mis padres.

Era un pueblo de unos 1500 habitantes adosado a la ladera de una pequeña sierra boscosa. Sus casas encaladas y sus calles con pendientes y escaleras representaban el típico pueblo de las sierras andaluzas. Las fachadas de las blancas casas rebosaban de macetas con geranios y claves.

No había muchos niños en el pueblo, pero en la calle donde estaba la casa de mi abuelo, en la que había nacido mi madre, conocí a dos chicos con los que pronto entablé amistad. Daniel tenía un año más que yo y era muy alto, le gustaba mucho explorar y se conocía la sierra como la palma de su mano. Pablo tenía mi misma edad y era algo más bajo que yo, pero de constitución más fuerte (la verdad es que yo estaba excesivamente delgado), le gustaba jugar al fútbol y hacer deporte. En verdad, no nos parecíamos en nada. Yo siempre había preferido quedarme en casa leyendo libros o tebeos, o viendo la tele, o jugando con Duque, mi perro. Un hasky de color gris claro en el lomo y la cabeza y con el abdomen y las patas blancas. Pero mi padre insistió en que saliera a la calle a jugar y así fue como los conocí. Tal vez por el hecho de ser tan diferentes a mí fue por lo que nos hicimos tan buenos amigos.

Unas dos semanas después de mi llegada al pueblo, me convencieron para hacer una acampada en el bosque. Daniel conocía un claro cerca de una laguna en la que podíamos bañarnos. Decidí llevar a Duque, pensé que le gustaría salir al campo.

Salimos una mañana temprano cargados con la tienda, comida, algo de ropa y cosas diversas repartidas en tres mochilas. Tomamos un sendero al este del pueblo que se adentraba en el bosque.

Varias horas después, íbamos caminando por la parte más oscura del bosque cuando vimos unos relámpagos. Se estaba formando una tormenta sobre nosotros. Cuando salimos del pueblo sólo había unas pequeñas nubecillas blancas y no pensamos que el tiempo pudiera cambiar tan rápido.

- Zerá mejó que corramos hasta el claro, hay que alejarze de los árboles cuanto antes - dijo Daniel, con su zezeo marcado tan característico - y aún nos queda media hora de camino.

- ¿No hay ningún otro sitio más cercano donde guarecerse? - pregunté.

- No. Zolo junto a la laguna, hay una pequeña cueva que nos vendrá mu bien y... - Daniel iba a decir algo más pero Pablo le interrumpió.

- ¡Quillo mira allí!

- ¡Una caza! ¡Es imposible! He venido por aquí cientos de veces y nunca la había visto - afirmó Daniel sorprendido.

De pronto, un rayo cayó tan cerca de nosotros que Duque pegó un aullido de espanto y yo casi me caigo de espaldas. Entonces decidimos que lo mejor era dirigirse a la casa.

Era una casa de madera que antes debió de estar pintada de blanco como indicaban algunas zonas donde la pintura aún no se había caído. El resto de la fachada estaba ennegrecida por la humedad. Las ventanas tenían gruesos postigos, algunos de los cuales estaban pendientes de una sola bisagra. El tejado a dos aguas, era de tejas de arcilla roja y estaba agujereado en algunas partes. Parecía que allí no había vivido nadie en muchos años. Estaba asentada sobre una plataforma a la que se accedía por una corta escalera que llevaba al porche delantero.

Subimos la escalera, aunque Duque parecía un poco reticente. El suelo de madera del porche crujía con nuestros pasos. Atravesamos el umbral de la puerta y entramos

dentro de la casa. Con la poca luz que entraba por la puerta pudimos ver un recibidor amplio con una escalera al frente para ir a la segunda planta, una puerta en la pared izquierda y otra en la derecha. Había algunos muebles cubiertos por una gruesa capa de polvo, al igual que el suelo. Abundantes telarañas colgaban de las esquinas. Las paredes estaban empapeladas, pero el papel aparecía desgarrado y muy sucio y en algunas zonas se veía el enyesado que había debajo. Avanzamos por el recibidor y de repente, la puerta se cerró de golpe tras nosotros. Duque empezó a gruñir nervioso, me agaché a tranquilizarlo cuando... los postigos de las ventanas también se cerraron de golpe. Daniel estaba blanco como la cal, pero Pablo, más tranquilo, dijo que seguramente había sido una racha de viento la que había hecho que se cerraran la puerta y las ventanas.

Entramos en la puerta de la izquierda, era un salón muy grande con una chimenea (y una caja llena de leña a su lado) en frente de la puerta y una mesa larga con seis sillas en el centro, todo igualmente cubierto de polvo. En el suelo, una gruesa alfombra cubría el centro de la habitación. La alfombra estaba raída, olía a humedad y en algunos sitios brotaban extrañas setas. Al acercarnos a la chimenea, una estruendosa risotada resonó por toda la casa. Era una risa demoníaca, mucho más horrible que cualquiera que hubiésemos oído en una película de terror. Un escalofrío me recorrió la espalda, se me erizó el bello de los brazos y noté como empezaban a temblarme las piernas. Duque estaba muy nervioso y miraba a todas partes, tenía el pelo del lomo erizado. Daniel estaba aún más pálido que antes. Pablo intentaba no perder la calma y aseguró que habría sido el viento, pero que nuestra imaginación nos había jugado una mala pasada. Con la tormenta, y el aspecto de la casa, nos habíamos puesto nerviosos y creímos oír esa risa. Eso fue lo que acordamos, pero en el fondo yo sabía que no era imaginación nuestra, estaba seguro de que algo horrible nos iba a ocurrir.

- ¿Pasaremos aquí la noche? - pregunté.

- Con lo que esta lloviendo y los rayos parece que la tormenta va a durar. Es mejó no zalir, Juan - contestó Daniel.

Ninguno propuso seguir explorando la casa, con lo que habíamos visto teníamos más que suficiente.

Apartamos la alfombra que estaba cerca de la chimenea y encendimos un buen fuego con la leña. Junto al fuego empezamos a sentirnos más tranquilos. Sacamos los bocadillos y comimos en silencio. Yo prestaba atención a todos los sonidos que provenían de la casa, pero sólo se oía el crujido de las maderas por la tormenta. Fuera arreciaban la lluvia y el viento, los truenos se sucedían casi sin descanso. Una vez cenados, preparamos los sacos de dormir. Los colocamos juntos para que Duque durmiese entre nosotros. Pablo cogió un leño y lo dejó a su lado, le hacía sentirse algo mejor.

No llevaba mucho tiempo dormido cuando unos quejidos tenebrosos me despertaron. Eran unos lamentos procedentes del mismísimo reino de Hades. Un sudor frío me caía por la frente. Llamé a Pablo que estaba a mi lado, y que también parecía haberse despertado con los quejidos. Duque gruñía como avisándonos del peligro que nos acechaba. Daniel se despertó igualmente sobresaltado.

Al poco, los lamentos cesaron. Esperamos un rato, pero no se escuchaba nada salvo la tormenta. Nos armamos de valor - y de leños - y salimos al recibidor. Dirigí el haz de mi linterna a la puerta de enfrente. No había nada. Avanzamos hacia ella. Era la cocina, con una encimera enfrente y una mesa junto a la pared, a la izquierda de la puerta. No había nada allí dentro.

Volvimos al recibidor y decidimos subir a la planta alta. La escalera esa muy empinada, y los escalones también crujían. Al final de la escalera había un descansillo al

que daban cuatro puertas. La que quedaba a nuestra derecha estaba entreabierta y por el resquicio que quedaba brotaba una luz amarillenta muy tenue.

Nos dirigimos a esa habitación. Con mucho cuidado, Daniel abrió la puerta. Era un despacho con las paredes cubiertas de estanterías llenas de libros. En la pared de la izquierda había otra puerta que debía comunicar con una habitación contigua. Frente a un gran ventanal, en el centro de la sala, había un escritorio y sobre él, una vela encendida. Asustado, me preguntaba quién la había encendido. Temerosos nos acercamos a la mesa.

Abierto por una de sus páginas, había un libro escrito a mano. Parecía un diario.

Pablo lo cogió y, después de examinarlo un poco, empezó a leer en voz alta y temblorosa:

*“Día 25 de noviembre de 1856:*

*Estoy preocupado. Desde que Ana murió, Toni ha estado muy callado, pero al menos me comentaba cosas de la escuela. Desde hace unas semanas no dice ni palabra. Creo que le ha pasado algo que no se atreve a contarme. Iré a hablar con el maestro, a lo mejor sabe algo que me pueda ayudar a recuperar a mi hijo. ¡Dios mío, era un niño tan alegre cuando vivía su madre!*

*Día 26 de noviembre de 1856:*

*Ha ocurrido algo extraño en la actitud de Toni. Sigue sin hablar pero le he descubierto mirándome fijamente mientras sonrío de forma extraña. Hay algo en su sonrisa que me da miedo. Más que una sonrisa era una mueca de crueldad la que asomó a sus labios. Fui a hablar con el maestro. Dijo que hace una semana le pilló haciendo juegos extraños para contactar con los espíritus, según decía. El maestro le preguntó que por qué lo hacía, y él le dijo que para hablar con su madre. Ana, te echa tanto de menos... y yo también.*

*Día 27 de noviembre de 1856:*

*Empiezo a estar verdaderamente asustado. Creo que un espíritu maligno ha poseído el cuerpo de mi hijo. Sus ojos grises han perdido toda su dulzura y ahora son fríos como el acero. La horrible mueca que hacía cuando el creía que yo no le veía no abandona ahora su cara, es más, lo hace descaradamente. No me gusta la forma en la que me observa, o acecha... sí, tal vez esa sea la palabra, me acecha como un depredador a su presa. Esta madrugada me levanté y bajé a la cocina a tomar un vaso de agua. Antes de llegar a la cocina escuché una voz extraña. Me acerqué sigilosamente y sin que me descubriera le vi. Era Toni el que hablaba con una voz tenebrosa procedente del mismísimo infierno en una lengua sacrílega. Estaba afilando cuidadosamente el cuchillo de cortar carne. Desde esa noche duermo con un revólver bajo la almohada y cierro mi puerta por dentro. He escrito a un sacerdote amigo mío pidiéndole ayuda. Ahora estoy convencido, Toni ha sido poseído por el diablo. Llevo conmigo un crucifijo y rezo para que Dios me ayude y mi amigo llegue antes de que ese ser diabólico que me ha arrebatado a mi hijo acabe conmigo.*

*Día 28 de noviembre de 1856:*

*No creo que mi amigo llegue a tiempo. Anoche intentó entrar en mi habitación cuando creyó que yo estaba dormido. Por suerte o por desgracia, llevo dos días sin dormir. Pero esta noche no creo que la puerta le detenga. Ahora le oigo vagando por la casa, escucho sus pasos y su respiración acerc* ”

Pablo dejó de leer. Nos enseñó el libro... no había nada más escrito. Ni siquiera le había dado tiempo a terminar la palabra. Al final de la página, un goterón de sangre había empapado varias hojas del libro y al secarse había formado una costra oscura. Entonces, ante nuestros aterrorizados ojos la sangre empezó a licuarse ya a chorrear por el libro. Pablo arrojó el libro contra la pared. Cuanto más tiempo pasábamos en aquella

casa, más miedo teníamos. Retrocedimos hacia la puerta, pero ésta se había cerrado sin que nos diésemos cuenta. Intenté abrirla pero no pude. Lo intentamos los tres juntos, pero seguía siendo imposible.

Fuimos a la puerta de la izquierda, que se abrió con facilidad. Era un dormitorio. Había una cama antigua con dosel. Las sábanas estaban arrugadas como si alguien se acabara de levantar de ella. Junto a la ventana, había un sillón giratorio de cuero negro. De repente... el sillón empezó a girar. Duque gruñía furioso, pero no se atrevía a moverse, estaba tan aterrorizado como nosotros. Cuando se hubo girado del todo, un niño pequeño, de unos diez u once años, nos miraba sentado en él. Tenía una expresión extraña, sin ningún sentimiento, pero los ojos eran a la vez fríos como el hielo y abrasadores como el carbón al rojo vivo. Daniel se aproximó un paso y entonces ese ser se presentó antes nosotros con toda abominable naturaleza: el rostro infantil se desfiguró en una mueca horrible, retrotrayendo sus labios y descubriendo unos dientes amarillos y puntiagudos a la vez que dejaba escapar un grotesco alarido. Los ojos le llameaban mientras su cuerpo doblaba el tamaño. Una pestilencia a azufre llenó la habitación.

Presos del pánico, buscamos una salida de aquella habitación. Atravesamos una puerta que nos llevo al rellano, bajamos atropelladamente por las escaleras perdiendo las linternas. Una luminiscencia púrpura infernal nos envolvía.

Topamos con la puerta de entrada, pero ésta no se abría. El ser ya casi nos pisaba los talones, así que corrimos a refugiarnos en el salón, arrinconados junto a la chimenea. Duque se interpuso entre la criatura y nosotros gruñendo.

Sin darse cuenta, Daniel apoyó la mano sobre una cruz que colgaba de la pared. Se escuchó un leve clic, y tras nosotros, la pared se abrió descubriendo un pasadizo. Sin otra opción, entramos en él, cerrándose la puerta tras nosotros. Nos quedamos a oscuras

y esperamos unos instantes convencidos de nuestra perdición. Pero no ocurrió nada. Tal vez la cruz de la pared había repelido a ese ser diabólico. Estábamos salvados por el momento.

Recordé que llevaba cerillas en el bolsillo. Así que encendí una y pudimos ver un pasadizo con suelo de arena y paredes de piedra, y una escalera que subía hacia la planta superior. No estábamos dispuestos a volver hacia atrás, donde quizás aún nos esperaba esa cosa. Así que subimos por la escalera. Al pisar el primer escalón, la cerilla me quemó los dedos y tuve que soltarla. Nos quedamos a oscuras y en ese momento... algo me golpeó la cabeza. Grité asustado, sorprendiendo a mis amigos que gritaron también. Encendí rápidamente otra cerilla y vi lo que me había golpeado. Colgado de la pared, había un viejo quinqué. Lo cogí, parecía que aún tenía combustible. Tras encenderlo, continuamos subiendo hasta llegar al final de la escalera, cerrada por un muro. Pablo empujó con fuerza y el muro se desplazó hacia fuera y luego a un lado.

Llegamos a un dormitorio infantil. Las paredes estaban empapeladas de azul cielo. Había una cama pequeña con dosel y frente a la ventana, un escritorio con algunos viejos libros. En el suelo, varios juguetes tirados: un soldado de hojalata oxidado, una pelota desinflada y algunos muñecos rotos. Recorrimos la habitación con la mirada. Junto a una esquina, un caballito de madera con la cabeza cortada y un hacha clavada en el lomo. Donde debiera estar la cabeza, había una calavera amarillenta. La desagradable sensación de estar en una pesadilla sin escapatoria me recorrió todo el cuerpo. Desapareceríamos sin dejar rastro, no teníamos salida.

Frente a nosotros, entreabierta, la puerta que daba al descansillo. Daniel se asomó sigilosamente y observó la oscuridad. Nada a la vista. Salimos de aquella habitación. Íbamos a bajar otra vez las escaleras, cuando Duque me tiró del pantalón indicándome

que mirara hacia la izquierda. Había allí otra puerta, y Duque tiraba de mí hacia ella. Confiando en el instinto de mi cuadrúpedo amigo, indique a los otros que me siguieran.

La puerta daba a una escalera que debía de llevar al desván.

Subimos y nos encontramos rodeados por multitud de objetos viejos cubiertos de polvo y algunos muebles tapados con paños que en su momento debieron de ser blancos. Numerosas telarañas colgaban del techo, agitándose por las corrientes de aire que entraban por los numerosos huecos del techo. Hacía tiempo que debía de haber dejado de llover, puesto que solo pequeñas gotas caían por ellos. El suelo crujía a nuestros pasos.

Sobre una mesa, Pablo encontró un joyero. Lo abrió y tras sacar varios collares, pendientes y pulseras, al fondo del mismo, halló un crucifijo. Parecía ser de plata, con la figura de Cristo tallada y adornando los brazos de la cruz, pequeñas gemas de distintos colores. A pesar de la edad que debía de tener, brillaba reluciente como si fuese nuevo.

Mientras Pablo y yo mirábamos el crucifijo, Daniel destapó un baúl de madera bastante grande y con un candado oxidado que lo cerraba. No sé por qué, pero intuí que no debíamos tocar ese baúl. Sin embargo, Daniel cogió el oxidado candado en sus manos.

El baúl empezó a temblar, y Daniel retrocedió hasta donde Pablo y yo estábamos. De la unión de la tapa y el cajón del baúl brotaba una luz amarillenta que al ir aumentando de intensidad se fue tornando cada vez más roja. El baúl temblaba tanto que casi empezaba a pegar botes sobre el suelo, que crujía amenazadoramente. Los cuatro retrocedimos andando hacia atrás sin poder quitarle los ojos de encima. Estábamos ya cerca de la puerta cuando el baúl se abrió de golpe y un enorme chorro de luz iluminó el desván. Desde el fondo de esa luz, parecía surgir una criatura horrible e indescriptible, el mismo olor fétido que nos rodeó cuando encontramos al “niño” se

extendió por toda la habitación. Una sensación de puro terror nos invadió y aunque queríamos darnos la vuelta y correr, no podíamos hacerlo. Por suerte, el suelo cedió bajo el baúl, cayendo éste a la habitación inferior.

Reaccionamos entonces y bajamos corriendo las escaleras, continuando luego en el descansillo para bajar a la planta baja. Estábamos casi llegando a la entrada de la casa, cuando la puerta de una de las habitaciones de la planta superior se abrió de golpe y el ente abominable salió en nuestra persecución.

Daniel, Duque y yo llegamos a la entrada, pero Pablo tuvo un tropiezo y cayó rodando varios escalones, quedando tendido boca arriba. El demonio se acercaba, ya casi estaba sobre él... pero se frenó de pronto. Llevándose la mano al bolsillo, Pablo sacó el crucifijo que encontró en el desván. El ser retrocedió entonces paralizado, momento que Pablo aprovechó para levantarse y reunirse con nosotros junto a la puerta.

El efecto del crucifijo tal vez había debilitado el poder del ser infernal, y esta vez pudimos abrir la puerta escapando al porche exterior.

La claridad del amanecer nos recibió junto con el aire fresco de la mañana que pronto llegaría.

Nos alejamos de la casa unos metros y nos volvimos hacia ella. Poco a poco, los primeros rayos del Sol salieron por el horizonte, y aquella horrible casa empezó a desvanecerse como si nunca hubiera estado allí.

Antes de llegar al pueblo, decidimos no contárselo nunca a nadie, pues pensarían que nos lo habíamos inventado o que estábamos locos. He vuelto varias veces al pueblo, pero al encontrarme con mis amigos siempre hemos evitado el tema. Ahora, he decidido contar esta historia, aun arriesgándome a que nadie me crea. Pero lo cierto es que fue real, muy real.